

LA PUERTA

«Esforzaos con empeño en entrar por la puerta estrecha, porque muchos, os lo aseguro, tratarán de entrar y no lo lograrán.» (Lc. 13,24)

NO pretendo resolver la incógnita del número de los que se salvan. Eso es lo que preguntaron al Señor los que recibieron la respuesta que encabeza estas líneas. Me interesa sorprender en la seriedad misteriosa de esas palabras la hondura del mensaje (cuaresmal) del Señor. No se trata de cargar tintas sin razón. La Sagrada Escritura inyecta, como nadie, optimismo sólido. Pero no escatima austeras dosis para asegurar una conciencia vigorosa de nuestra verdadera postura ante la vida.

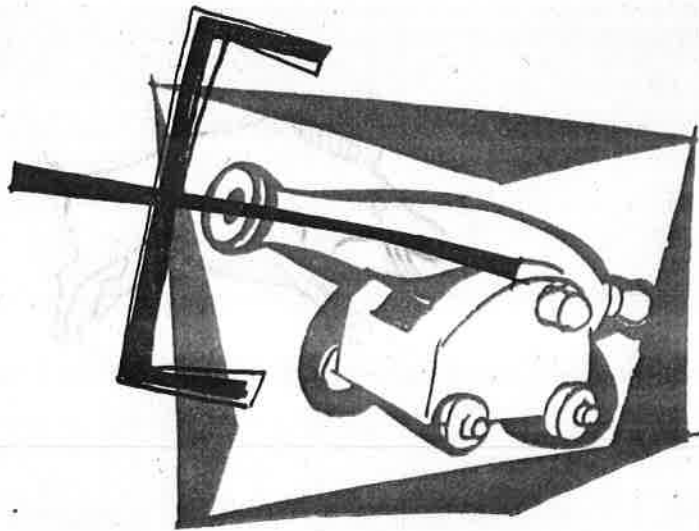
Sensación de estorbo

Partimos de un dato experimental. Se trasluce en la actitud de bastantes cristianos mediocres una queja sorda, arropada en los pliegues de reflexiones esbozadas, que sacada a luz vendría a decirnos: "¿Verdad que Dios pide mucho? ¿No sería mejor...?" Esto resulta

atrevido y apenas se formula, quizás ni en el interior consciente, pero al menos se adivina, con un leve rumor de asentimiento.

La impresión en la práctica es análoga a la del que consigue por fin pagar un recibo, a la del que ya ha llenado sus horas de trabajo. Algo así como unas intermitentes vacaciones del servicio... de Dios. Otro, más propenso a ideas deprimentes, sentirá algo así como la opresión del que trabaja estrechamente vigilado, coaccionado a rendir todo lo posible, y se confirmará en ello al leer la parábola de los talentos.

Para todos estos el cumplimiento de sus obligaciones cristianas es algo inconcebiblemente molesto; algo serio (por sus consecuencias) pero psicológicamente *marginal*. Y se llevan el escándalo mal vencido de que el cristianismo pide demasiado, entra a fondo demasiado... Entre líneas leemos tal vez un



ES- TRE- CHA



Cándido Flores, S. I.

equivoco: esperaban que ser cristiano estaría al alcance de personas *corrientes*. Es verdad. Dios llama a todos. No se reserva sicologías excepcionales. Pero el cristianismo no es compatible con *dejarse llevar por la corriente*.

Y su escándalo se alimenta de ellos mismos. En esta postura débil, replegada, de caracol tocado en los cuernos, el fruto de todo es la amarga realidad de los fracasos espirituales, la decepción de todo lo religioso, el aburrimiento, la insensibilidad, la auto-disculpa...

Sin interés arbitrario de insistir en lo hosco, podemos confesar que el problema de la puerta estrecha agudiza su gravedad en los que se sienten fastidiosamente inquietados—odres viejos—ante el vino nuevo del Evangelio.

Situaciones agudas

Se viven. Prácticamente todos las viven alguna vez. Dios probó a Abraham. No le hace falta hablarnos directamente para probar nuestra fidelidad. Hay tres categorías de actos morales difíciles que se presentan con alguna frecuencia:

1) Los provocados por el estado pecaminoso hasta el que se llegó. Casos amargos de retractaciones públicas, restituciones de fama, ruptura de compromisos (sociedades secretas, pactos más o menos implícitos como condición de ciertos ascensos, infidelidades conyugales), restitución de fortuna, abandono de la prostitución...

2) Los inherentes a vivir en atmósfera de franca inhibición moral o de flojedad grave en el cumplimiento del deber. Inducciones a cooperar a lo prohibido (estafas, vida conyugal torcida, operaciones quirúrgicas vedadas, impresores, consejos de administración). Peligros fuertes por la necesidad de penetrar (o vivir habitualmente) en ciertos ambientes, por el escándalo del éxito rápido del que acalló sus remordimientos, por la pérdida del pudor...

3) Por fin situaciones difíciles, fortuitas (enfermedades, dificultades económicas, cargos de responsabilidad ante sucesos complicados) secretos dolorosos de guardar...

Cristo nos veía inmersos en las mil dificultades que nos traería su moral. No calló. No desdibujó. "Si tu ojo derecho te es ocasión de tropiezo, arráncatelo". "Quien ama a su madre más que a Mí no es digno de Mí". "No vine a poner paz, sino espada". "Habeis oído que se dijo a los antiguos... pero Yo os digo..." y detrás leemos el perdón de los ofensas y el amor a los enemigos. Cristo no trató de arrellenarnos en un "honrado pasar" nuestros días. Cristo, el del yugo suave, no disimula la puerta estrecha y denuncia la indolencia de los que por su postura no podrán dar con ella.

Pero hay algo más.

Moral imprecisa

El cristiano quejoso de la severidad del mensaje evangélico tiene una idea de la moral cristiana francamente incompleta. Parece esperar algo así como un articulado minucioso, donde esté resuelto al detalle todo conflicto moral, sin más quebraderos de cabeza. A ello se atenderá (siempre que no se crea fácilmente dispensado, bromeando sobre la comprensión de Dios...) y con eso basta. Todo lo que no esté de antemano muy precisado no le obliga. Veremos que esta postura no es suficiente en muchos casos.

Tal vez haya contribuido a condensar este criterio, sin pretenderlo, algu-

nos devocionarios en sus forzosamente escuetos exámenes de conciencia, manuales de moral explotados superficialmente, quizá las explicaciones incompletas que se han recibido en clases, círculos, predicación... no siempre por descuido de aquellos a quienes correspondía hacerlas.

Señalado el caso, vemos que la misma naturaleza de las cosas impide esa nitidez detallista en la moral. Hay rutas necesariamente abiertas a la personal exploración (1). Hay situaciones imprevisibles, confluencia de varios datos, combinación de circunstancias singulares, dificultad en recortar los límites, aun siendo muy claros los principios.

¿Quién puede, por ejemplo, proporcionar baremos objetivos precisos para la obligación de la limosna, teniendo en cuenta las mil variantes de este deber aun en un solo individuo? Es imposible pulverizar los principios morales en mil gotitas casuísticas cuando se trata de las ocasiones próximas de pecar (tan ligadas a lo singular de cada situación), o de la sinceridad ante el influjo de los estímulos sexuales, la lealtad en la estima de la gravedad de causa que excuse de tales obligaciones...

Un caso más amplio merece un apartado especial. Lo llamaremos:

Responsabilidad difuminada

Hay males graves provocados por la actuación de muchas personas. Realmente, examinando lo que hace u omi-

(1) Naturalmente la sensatez elemental pide, en casos serios, la consulta de la situación concreta con un moralista prudente y sincero. Únicamente señalamos la imposibilidad de encontrarlo todo hecho en los libros, en los criterios o en la casuística que se ofrece a todos... Aun después de consultar quedará mucho al pulso moral y a la sinceridad personal del interesado.

No se trata de la «ética de situación» reprobada, que no da *universal* validez a ciertas normas objetivas, debiendo darla. Hablamos de la norma eterna, no siempre previamente desgajada y servida en articulado preciso.

te "x", no podría decirse que solo su actuación produzca daño notable. Toda la gravedad proviene de que son muchos los que pisan la misma hierba. Ese daño global es mucho mayor que el resultado de cualquier injusticia personal. (Esto no quiere decidir a priori la gravedad de la ofensa a Dios en todo caso. Queda en pie la realidad de que muchas veces será mayor pecado una cooperación al daño global, aunque en sí misma esa acción no nos resulte tan llamativa).

El ejemplo claro lo vemos en una votación francamente trascendental. Unas pocas abstenciones no llevarían al fracaso. Pero si muchos quisieran beneficiarse de esa reflexión, el resultado sería fatal. Como a todo trance pide el bien común la obtención positiva del fin, y hay peligro de que, procediendo anárquicamente, la suma de inhibiciones sea catastrófica, el mismo bien común impone la obligación grave individual de cooperar. En este caso, histórico, las circunstancias claras, la actuación simple (votar tal día...) pueden permitir vgr. al Episcopado de una nación declarar con toda nitidez el contenido preciso, la gravedad y el alcance personal de tal obligación.

Hay sin embargo otros muchos casos, cuya complejidad impide pronunciarse con más exactitud tan universalmente. Son situaciones graves, creadas al rodar de no se sabe qué bola inicial sobre qué pendiente nevada... Ni el individuo, ni bastante entidades más o menos privadas pueden *aisladamente* evitar el daño global. Evidentemente han de tomar la iniciativa y aunarse, o tal vez abrir brecha; creando primero un ambiente. De ninguna manera podrían quedarse tranquilos aquellos cuya actuación es necesaria para solucionar (aun a largo plazo) un grave malestar, pretextando lo impreciso de los datos del problema. Un *superficial* examen para asegurarse rápidamente de que "no consta la grave obligación" podría crear *fundadas* intranquilidades,

que amargarían bastante la hora de la muerte (2).

Aquí tiene lugar la moral extensa de empresarios, accionistas, gerentes, autoridades, dirigentes de organismos privados y públicos, directores espirituales, funcionarios del Estado... Un puesto grave a la pluma y a la palabra, aun la más reservada, en orden a contribuir a crear ciertos ambientes. Capítulo enormemente trascendente el de la responsabilidad en la propia formación y en la de otros: descuidar la reflexión, la información, la maduración de criterio, el desarrollo de las posibilidades de la propia personalidad o de los que con razón pueden beneficiarse de nuestro influjo, descuidar la garantía de acierto en la elección de estado o profesión... es un campo de responsabilidades con evidente escala de gravedad, pero un campo muy real.

Sigue en pie la inquietud honrada de quien no sabe, ante las brumas de estas responsabilidades, si cumple lealmente, si negocia bien con los talentos encomendados (Mt 25, 19). ¿Qué le pide Cristo? Que no se encoja de hombros, que se apoye en el consejo de personas de solvencia moral, que estudie las posibilidades, que sea consecuente con la

Actitud positiva del cristiano

El Evangelio parece no concebir esa pasividad interesada minimista de la que hablamos al principio. "*Quien no está conmigo, está contra Mí*". "*Buscad primero el reino de Dios...*". "*Si alguno quiere venir detrás de Mí, tome su cruz*".

El verdadero cristiano, en vez de tener que cumplir un número determinado de preceptos, se encuentra en ca-

(2) Cabe, naturalmente, ante Dios toda disculpa legítima por irreflexión *no imputable*, por verdaderos estados escrupulosos, por motivos de especial gravedad... Es útil leer VANDER VELDT, *Psiquiatría y Catolicismo*, p. 38 ss.

da momento con la obligación de inventar su deber (3).

San Pablo resume esta actitud francamente positiva: "*por todos murió para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió y resucitó*" (2 Cor 5,15). "*Mas vosotros no aprendisteis así a Cristo... Eráis un tiempo tinieblas; ahora, luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz —porque el fruto de la luz consiste en toda bondad y justicia y verdad—, aquilatando qué cosa sea agradable al Señor*". "*Hacedos imitadores de Dios como hijos queridos, y caminad en el amor, así como Cristo os amó...*" (Ef 4, 20; 5, 1.8-10) (4).

Quien no vive, al menos en grado elemental, esta actitud predicada por Cristo, podríamos decir que "*bajó la lluvia, vinieron los ríos... dieron contra la casa, cayó, y su ruina fué grande*" (Mt 7, 26). El panorama moral cristiano implica actos francamente difíciles, y una posición activa al tratarse de ciertas responsabilidades imprecisas, pero

(3) RONDET, *Gratia Christi*. Paris 1948, p. 42, nota 1. Bien entendidas estas palabras resumen nuestra idea fundamental de que no basta atenerse a lo que esté nítidamente concreto en los manuales. A propósito de esta postura pasiva interesará H. WIDART, *Reflexiones sobre la naturaleza de actividad libre. Psicología y Pastoral*. Desclée de Brouwer. Bilbao 1955.

(4) Es provechoso leer lo que dice sobre la armadura del cristiano, la filiación y el Espíritu, el revestirse de Cristo, la oposición radical activa entre la esclavitud de la carne y la nueva vida... E 6, 10; R 8, 14; 13, 14; G 5, 13; C 3-4, 1-16...

obligatoriamente descifrables. La puerta es estrecha. No darán con ella los que no asuman una actitud positiva de entrega a Cristo, al menos en lo preciso para no ser de los que se contentan con devolver el talento recibido. O faltarán por omisión ante sus responsabilidades intactas, o se encontrarán sin las armas del cristiano (Eph 6, 10) en el momento de la superación heroica o casi heroica, imperada por preceptos muy claros.

El cristianismo no es un vivir oprimido con la obsesión del Dios que absorbe avaramente para El todo mi movimiento. Es una *entrega filial* al que nos sacó de las tinieblas para darnos su Espíritu en el reino de su Hijo, haciéndonos sus coherederos... Trasciende todo. Es una metanoia (cambio de actitud). La Santísima Virgen se entregó y no vivió oprimida. Los santos, los cristianos ejemplares, aunque no tan perfectamente, han respirado esta atmósfera: amor costoso, pero amor.

Hemos querido destacar la severa consideración de que no vivir (proporcionalmente a la lucidez de la conciencia) esa postura implica desastres graves.

Dios es tan misericordioso que al final de la jornada puede llamar a su viña (Mt 20, 1-16). Pero siempre pedirá la entrega plena (en primera línea una profunda "metanoia"), aunque sea a la hora undécima; el mínimo de amor a Dios sobre todas las cosas, amor que supone "querer antes perderlas que ofenderle" (5).

(5) Catecismo Ripalda.